



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

Drézé. A pesar de la antipatia profunda que sentia hácia esta jóven y su familia, el duque no se atrevió á resistir, y se verificó el himenco por obediencia filial.

Murió Richelieu; Luis XIII nombra al duque de Enghien general del ejército de Champagne y de Picardia; los españoles entran en la primera de estas provincias y ponen sitio á Rocroy; el rey sigue á la tumba al cardenal ministro; incitan al duque á que abandone la frontera y mar-

che hácia Paris á apoderarse de la regencia, pero sacrifica su ambicion al interés del país, y vuela al socorro de la ciudad sitiada. El ejército que condujo á marchas forzadas atraviesa un desfiladero, y por la noche se coloca en batalla ante los enemigos. La jornada de Rocroy fué inscrita en los fastos gloriosos de la Francia: diez y seis mil españoles perdieron allí la vida, y el anciano conde de Fuentes, que mandaba su infantería, murió en la camilla que servia para

EL GRAN CONDÉ.

I.

Un ilustre nacimiento, un valor indomable, una comprension segura y rápida, un corazon magnánimo y caballeresco, todo pareció reunirse para dar un capitán ilustre al siglo de Luis XIV. Tan pronto combatiendo para defender y glorificar la Francia, tan pronto encendiendo en su país una guerra civil y desastrosa, Luis de Borbon, por sus talentos militares, adquirió títulos incontestables á la admiracion de la posteridad. Feliz si, moderando la allívez de su carácter, no hubiese pedido al extranjero ejércitos contra su patria. Rival y compañero de armas de Turena, si marchó muchas veces á su lado, muchas le vió tambien á la cabeza de los franceses disputarle el campo de batalla. Casi tan célebre por sus errores como por su genio, llenó con su nombre la historia del siglo XVII, y para distinguirlo de los príncipes de su familia, se dice el Gran Condé.

Luis de Borbon, duque de Enghien, y mas tarde príncipe de Condé, vino al mundo en Paris hácia el año 1621. Colocáronle muy niño con los jesuitas de Bourges, donde su padre vigilaba con severidad los progresos de su educación. Sujeto á la puntualidad universitaria, y no teniendo nada que le distinguiese de sus condiscípulos, el jóven pensionista hizo en la escuela el aprendizaje de la igualdad de los campos, donde debía pasar su vida. Pero sus brillantes disposiciones le elevaron bien pronto por encima de la generalidad; á los ocho años terminó sus clases de latin; á los once compuso un tratado de retórica, y sostuvo tesis de filosofía; á los diez y siete hizo su entrada en la corte.

Era un bello jóven, de mirada impetuosa y andar altivo. Acogió con reconocimiento las prevenciones del mundo que le reclamaba, pero su alma independiente se afectó violentamente por el despotismo de Richelieu; la princesa, su madre, evitó esponerlo á la cólera del vengativo cardenal, y le presentó en la sociedad de Rambouillet, donde imperaba el talento refinado y la quinta esencia de las modas.

Al año siguiente el duque de Enghien marchó á hizo su primera campaña á las órdenes del mariscal de la Meilleraye. Se distinguió en los sitios de Arras, de Collioure, de Perpiñan y de Salce. Mientras trabajaba así para su fama, su padre le envió á llamar para desposarse con la nieta de Richelieu, la señorita Clara Clemencia de Maille-



Condé.

trasportarle. De rodillas, en medio del ejército, el general de veinte años de edad da gracias á Dios por su primera victoria.

Después de haber arrojado al extranjero, el duque de Enghien quiso castigarle, y dirigiéndose hacia el Mosa, acampó delante de Thionville. La resistencia heroica de los sitiados conmovió su corazón, llamó al comandante de la plaza y le condujo á los fuertes exteriores.

—¡Ved! le dijo enseñándole los minadores dispuestos á hacer volar las fortificaciones.

El gobernador se rindió, y D' Enghien entra en la ciudad, á que habia aborrazado los horrores de un asalto. De vuelta en París, recibió el gobierno de Champagne y Stenai por recompensa.

Al principio de la campaña de 1644, el duque fué con Mr. de Turenna, que mandaba el ejército del Rin opuesto á los bávaros. El general Mercy acababa á su cabeza de apoderarse de Fribourg, y se habia fortificado en una posición cercana á sus murallas. El pais poblado de bosques, de rocas y barrancos, le pareció que debía detener la intrepidez francesa, pero contaba sin sus generales. En el momento en que menos la esperaba oye tocar á la carga; corre á las armas, y su vigorosa resistencia no permite prever el resultado del combate. Los franceses, fatigados, vacilan y se repliegan, cuando el duque llega á la cabeza del regimiento de Conti, y arroja en las filas enemigas su baston de mando. Sus tropas exaltadas hallan nuevas fuerzas en su entusiasmo, y se precipitan como el rayo. Pero el sol, ocultándose bajo el horizonte, pone término á la batalla, y tres dias después, una nueva batalla, desalojando á Mercy, el mas ilustre general de su tiempo, hace pasar este título á su vencedor.

Cuidadoso de aprovecharse de esta ventaja, D' Enghien marcha hacia Filisbourg, y toma esta plaza después de once horas de trinchera abierta, con cinco mil hombres y diez piezas de cañón. Este increíble suceso tuvo en París grande eco. «El hecho es cierto, dijo Mad. Sevigné, pero no es verosímil.»

Esta conquista fué seguida de las de Quersheim, de Spira, Worms, de Oppenheim, de Mayence, de Creutznach, de Landau y de Mannheim. Siguiendo la costumbre de aquel tiempo, el ejército volvió á entrar en Francia para pasar los cuarteles de invierno, no volviendo á empezar las hostilidades hasta la primavera.

En 1645, el duque de Enghien entró en Alemania, donde le aguardaban Mercy y los bávaros. Después de algunas escaramuzas de vanguardia, se encontraron los dos ejércitos frente á frente delante de Norkingue. El enemigo ocupaba una aldea, donde habia tomado una posición formidable. Quiso el duque atacar: en vano es que Turenna le detenga; la audacia fué esta vez mejor inspirada que la prudencia. Después de haber tenido pérdidas considerables, Mercy se bate en retirada, y los franceses se apoderan de Norkingue, de Dunkespiel y de Heilbronn. D' Enghien comenzaba ya á ser popular; una grave enfermedad que pensó le arrebatara, le hizo ver hasta qué punto era amado, por los ruidosos trasportes de alegría que produjo su convalencia.

El cardenal Mazarino, que dirigia entonces los negocios públicos, quiso dar al duque el mando del ejército de Flandes; pero Gaston de Orleans, que sea dicho de paso, le dirigia bastante mal, no quiso ceder lo que llamaba sus derechos. El vencedor de Rocroy halló un medio de arreglar el asunto, y ofreció á este príncipe servir bajo sus órdenes. Su proposición fué aceptada apresuradamente, y el ilustre capitán dió al ejército el ejemplo de la sumisión y del respeto debidos á la gerarquía militar. Tomó parte en el sitio de Courtray, y maldijo mas de una vez las eternas indecisiones de su general, que se dejaba guiar por el alabe de La Riviere. Por esta debilidad de carácter y por esta indecision, fué por lo que se metió en el mal paso de Bréges. Habíendose encontrado los ejércitos francés y español en el llano de este nombre, se aplazó la batalla para el dia siguiente por órden del duque de Orleans. Durante la noche, supieron los enemigos que D' Enghien mandaba la vanguardia, y aprovechando las tinieblas, se pronunciaron en retirada para evitar el combate.

En lugar de perseguirlos, los franceses ponen sitio á Mardick; una vigorosa salida les sorprende y se lleva por delante á todos; D' Enghien acude al punto, rehace las tropas y repara este descalabro. Habíendose rendido la plaza, Orleans hizo justicia á su valeroso subalterno, y le volvió á colocar en el puesto supremo, que por tantos títulos era digno de ocupar.

A pesar de lo avanzado de la estacion, concibió el nuevo general una empresa inspirada por su genio audaz y aventurero. Dunkerque pasaba por una de las plazas mas importantes de la Europa. Con un ejército espedo y reducido á unos diez mil hombres, resolvió apoderarse de ella. Reanimando con su seguridad la confianza de sus soldados, rechaza á los españoles y se apodera de Funnos en dos horas. Establece sus almacenes en esta ciudad, y para ponerla al abrigo de un golpe de mano, la fortifica en menos de quince dias; original ocupacion de un conquistador, que para llegar á destruir una plaza, se veia obligado á construir otra. El enemigo se inquieta con semejante actividad, y acuerda sitiar al mismo sitiador; pero se ve obligado á repliegarse, y Dunkerque, abandonada, abre sus puertas al vencedor.

Quince dias después de este triunfo, Enrique de Borbon, príncipe de Condé, espiraba en París en los brazos de su hijo. El duque de Enghien, cruelmente afectado por esta pérdida, le sucedió en sus cargos de jefe del consejo de regencia, gran maestro de Francia y gobernador de la Borgoda y del Berry. Siguiendo la costumbre de su familia, cambió sus títulos por los de su padre, y fué conocido después bajo el nombre de el señor príncipe.

Acababa de empezarse la campaña de 1647, cuando Mazarino ofreció á nuestro héroe el mando del ejército de Cataluña. Confiando en su estrella, el gran Condé partió para España, y fué recibido por sus tropas con aclamaciones. Pero demasiado mimado por la victoria para no estar orgulloso, creyó que no tenia mas que bajarse para recoger nuevos laureles. «¡Ea, veagan los violines, y á tomar á Lerida con compás!» Con un compás de zarabanda y la música á la cabeza, abrieron los franceses la trinchera. Pero se cansaron de cantar. Andrés Britt, gobernador de la plaza, se defendió con tal obstinacion, que la baladronada quedó sin resultado, y los mismos danzantes pegaron á los violines. En esto abandonó el príncipe la expedicion y volvió á la corte, donde intereses encontrados empezaban á agitarse.

Las vejaciones del cardenal ministro habian creado en París un partido de descontentos que fomentaba la discordia, y llegaron á ser el núcleo de la fronda. Condé empleó su influencia en calmar las turbaciones civiles, pero antes que hubiese podido conseguirlo, los intereses del Estado le llamaron á Picardia.

A la cabeza de treinta mil hombres, pone sitio á Iprés, y rechaza al archiduque, que le vé entrar en la ciudad sin poderlo impedir. A guisa de represalia, se apodera éste de Lens. El príncipe le persigue y le alcanza bajo los muros de esta ciudad, en el llano del mismo nombre. El genio emprendedor del general enemigo hace el negocio decisivo; una derrota entregaba la Francia y llevaba consigo la invasion.

Condé, penetrado de la gravedad de las circunstancias, une á la ordinaria intrepidez las consejos de la prudencia. A media noche ordena la retirada; el archiduque se alarma por el movimiento que reina en el campo francés, y desde el rayar del dia ve esta marcha retrógrada. El general Belck se separa con la caballería lorrenés y se precipita sobre los fugitivos; pero en un volver de ojos, se opera una conversion, y el ejército francés se encuentra ordenado sobre una eminencia que domina la campina. Los lorreneses, atraídos á la llanura, combaten con una energía que hace dudosa la victoria; la infantería española, inmóvil como un roca, resiste á todos los ataques; pero ansiosos de gloria y rápidos como las balas, las tropas de Condé acababan por arrastrar sus batallones, y los baton en todos los puntos á la vez. En este memorable jornada, que costó quinientos hombres á la Francia, perdió el enemigo ciento veinte banderas, y dejó diez mil cadáveres sobre el campo de batalla. Dos horas habian bastado para decidir todo.

El príncipe, llamado á la corte, fué recibido en ella como triunfador; la reina le dió, como testimonio de satisfaccion, el país de Clermontois á título de posesion hereditaria.

Aquí termina el primer período de la vida del gran Condé. Ahora vamos á verle representar un papel activo en las turbulencias interiores del reino y en las guerras civiles de la fronda.

II.

Mad. de Longueville, la bella y galante duquesa, la intrépida frondista, recibió al príncipe, su hermano, con una gala de sentimientos que no eran desinteresados. Pero fué en vano que intentase ganarle al partido de los rebeldes: respondió á todas sus súplicas:

—Me llamo Luis de Borbon, y no quiero hacer vacilar la corona.

La reina, por su parte, empleó las mas apremiantes súplicas para decidirle á apoyar el ministerio. Condé no supo resistirle, y abandonando su papel de mediador, se declaró por la corte y dió así un golpe terrible á su popularidad. Los enemigos del cardenal ocupaban la mayor parte de la capital; el príncipe traza su plan de campaña, y hace que el ejército ataque la ciudad. La familia real se refugió á Saint-Germain, y se comenzó el bloqueo de París. Los parisenses, á esta terrible nueva, maldicen mil veces el nombre del héroe, y nombran al príncipe de Conti generalísimo de la fronda, á instigacion de su hermana, Mad. de Longueville. Así, estas disensiones intestinas, llamadas con razon la guerra de las mugeres, comenzaban poniendo frente á frente á los dos hermanos en campos opuestos.

El proyecto de hacer sufrir el hambre á la capital encontró obstáculos insuperables, vista la insuficiencia de los recursos de los sitiadores. Mientras ellos se ocupaban en miserias, la fronda reclutaba defensores en provincia, y hacía nuevos prosélitos todos los dias. El duque de Longueville, á la cabeza de diez mil hombres, el duque de la Tremouille y el vizconde de Turenna, se unian á los rebeldes; Mazarino comenzó á temblar. En esta situacion desesperada, Condé coge la pluma; á su voz, Longueville, la Tremouille y Turenna entran en el deber. No se contenta con esta victoria, y hace concluir el tratado de Saint-Germain, que pone un término á estas primeras hostilidades.

El pueblo es corto de memoria. El príncipe lleva al Palacio Real la reina y su ministro, y la multitud saluda con aclamaciones al que acababa de esponerle á los horrores de un pillage. Tal afecto pareció sospechoso á Mazarino, y desde aquel dia el período italiano rodeó á Condé de una espesa red de intrigas, y le puso en el bando de su astuta política.

El alma noble y generosa del príncipe no podía penetrar las astucias del cardenal; creyó en sus protestas, y por el apoyo que le dió, se hizo detestar de los gefes principales de la fronda. Este ministro no estuvo contento sino cuando vio al gran capitán en guerra abierta con todos sus amigos; entonces no temió hacerle caer en el lazo que le preparaba hacia largo tiempo.

El lunes, 18 de enero de 1649, Condé se presentó en el consejo de regencia que se celebraba en el Palacio Real. El capitán de los guardias de la reina, Guittaut, le saludó reverentemente y le reclamó su espada. El príncipe advirtió todo y sonrió amargamente:

—¡Es, pues, ese el precio de mis servicios! Quiere ver á Ana de Austria, no se le permite.

—Amigos míos, dijo á los soldados que lo acompañaban, no es esta la batalla de Lens.

Mas allá encuentra un pasillo oscuro. La insignie traicion de que es víctima le hace tomar se atento á sus dias.

—Guittaut, dijo á su guia, esto se parece mucho á los estados de Blois.

—No temáis nada, monseñor, respondió el capitán, no me hubiera yo encargado de eso.

Habíendole llevado el prisionero al pasaje de Richelieu, se presenta un carruaje. Condé reconoce á su hermano Conti y su cuñado Longueville. Los felicita por esta reunión de familia, y se le conduce á Vincennes.

De repente se rompe el carruaje: hay fuertes

rumores. El príncipe, hombre el más listo de su tiempo, atraviesa por el ventanillo, encorvándose de modo que unió sus piernas á la cabeza. Pero se enreda, le alcanza un soldado, y le conduce hácia donde estaban sus compañeros, con la pistola puesta al pecho. Entran en la fortaleza, Conti pide una imitación de Jesucristo.

—¡Adme, dice Condé, la imitación de Mr. de Beaufort, que se evadió la semana pasada.

No era bastante para Mazarino haberse apoderado de los príncipes; quiso tener en su poder á la princesa de Condé, la princesa madre y el joven duque de Enghien. Pero prevenidas por un aviso fiel, engañan la vigilancia de sus espías y se refugian á Montrouid. Perseguidas de cerca por sus agentes, atraviesan la Francia, y el 31 de mayo hacen en Burdeos una entrada solemne.

El cirujano del señor príncipe, á quien estaba permitida la entrada en Vincennes, fué á llevarle esta nueva, y le encontró regando clavetes y albellas.

—Amigo mío, respondió el prisionero, ¿hubieras pensado jamás que regaría yo mi jardín, mientras mi mujer haría la guerra?

El ministro, sabiendo que el parlamento de Burdeos acababa de dar un decreto en favor de los prisioneros, pidió esta ciudad, que resistió obstinadamente. Para destruir los proyectos de evasión que formaban los amigos de los prisioneros, los trasladó durante este tiempo al castillo de Marcouffy, y de allí al Havre de Grâce, habiendo sido encargado de escoltarlos durante el camino el conde de Harcourt, su compuso Condé, á quien jamás abandonaba su buen humor, una canción que muy pronto circuló por calles y plazuelas. Léela aquí:

Este hombrecillo grueso,
Tan famoso en la historia,
Es de Harcourt el gran conde,
Muy radiante de gloria,
Que á Casal socorrió, tomó á Turin,
Y hoy es el alguacil de Mazarin

Ana de Gonzaga, princesa Palatina y amiga del gran Condé, logró ganar la Fronda, reclamando esta su libertad. Lo trató el parlamento de París en su mismo seno, y el jefe de los revoltosos, Pablo de Gondí, cardenal de Retz, llamado comunemente el Coadjutor, trabajó en él con todo su poder, excitando al pueblo contra el ministro. El duque de Orleans y la nobleza, indignados al fin de la injuria hecha por un italiano de baja estofa al primer príncipe de la sangre, exigieron su libertad inmediatamente. Esta insurrección general aterró á Mazarino, que quiso al menos aparentar que cedía de buen grado. Hizo abrir la prisión de Estado y se arrojó á los pies de Condé, cuyas botas besó, suplicándole olvidara lo pasado. El príncipe salió sin mirarle, y diciéndole:

—¡Adios, señor cardenal.

La reina recibió al prisionero con una amabilidad sin igual; le hizo la más brillante reparación, y le restableció en sus bienes, sus cargos y gobiernos. Mientras él volvía á subir á la cima del poder, su perseguidor, maldecido y silbado, fué expulsado de París, y levantaba en la oscuridad los planes de sus próximas intrigas.

El orgullo de nuestro héroe fué la causa de sus primeras desgracias; él le indispuso con el Coadjutor, alma de la Fronda. Por otra parte, Ana de Austria, dominada secretamente por el cardenal, no soñaba más que con la pérdida de su enemigo.

En la noche del 5 al 6 de julio, el alojamiento de Condé es cercado por los guardias franceses; el príncipe se escapa huyendo precipitadamente, y se refugia en Sant-Maur.

La levadura que desde su prisión se había amasado en su corazón, había hecho germinar en él vivos resentimientos contra una patria que reconocía tan mal lo que por ella había hecho. Como el romano Coriolano, pidió á los extranjeros venganza de la afrenta que había recibido, pidiéndole que un hijo debe saber sufrir todo de su madre!

Se concluirá.)

LA LUNA DE AZUL, Y LA LUNA DE HIEL.

I.

Ante un altar adornado de flores, hay un venerable sacerdote con un libro sagrado en una mano, en que hora, y en la otra un anillo de oro que bendice. De rodillas ante él, con los ojos bajos y penetrados de un santo recogimiento, se veían un hombre, joven todavía, y una virgen vestida de blanco, con la cabeza ceñida de una corona del mismo color.

Tomó el joven la mano de la virgen, la puso el anillo bendecido en el dedo, repitiendo las palabras que decía el sacerdote:

—Os doy este anillo en prenda de mi amor constante, de nuestra union y de nuestra mútua fidelidad.

Y la virgen respondia:

—Lo recibo.

Su corazón entonces estaba empapado de una profunda emoción, y dos gruesas lágrimas caían de los ojos de su madre.

Una de aquellas lágrimas era de pesar, la otra de felicidad.

Y las jóvenes presentes en el templo, sentían en el fondo de su alma una cosa vaga y desconocida, que parecia un deseo.

Y los jóvenes se hablaban en voz baja, y sonreían con un aire misterioso.

II.

¿Cuál es este cuarto fresco, embalsamado, retirado lejos del ruido, y cuyos muebles están dispuestos con tanta gracia y elegancia? Mirad en su interior mas oscuro: allí vereis un mullido lecho con blancas sábanas, que no han crugido todavía bajo el peso de un cuerpo. Allí todo es fresco y puro, todo es la fiel imágen de la que primero vendrá á dormir en él.

Entra allí con los ojos asombrados y paso tímido, sostenida por su madre de un lado, y del otro por la hermana de su madre.

Por la primera vez, aquellas dos mugeres se apresuran á servirle; ellas son las que desprenden de su cabeza la corona de azahar; ellas son las que quitan de su cintura el blanco cinturón, y separan de sus hombros la gasa diáfana despojándola del vestido con pliegues flotantes.

Después las dos mugeres le besan en la frente y la entregan á su esposo.

En aquella estancia solo se oyen voces tiernas y palpitantes, y la repeticion del juramento de fidelidad hecho en el templo.

Durante mas de un año, el mismo juramento se repetía todas las noches en el mismo templo del amor.

Sin embargo, cada noche se pronunciaba con menos fuerza; primero era siempre, precedido y seguido de un beso de amor; después no fué mas que seguido; mas tarde, ni precedido ni seguido.

Y la boca no lo pronunciaba ya, sino por hábito; el corazón no participaba de ello.

Por último cesó la costumbre, y la boca cesó tambien de pronunciarlo.

Doce meses se habian pasado desde que por primera vez el joven y la joven habian hecho aquel juramento al pie de los altares. Ellos no contaban mas que diez, porque el amor se habia llevado tan rápidamente los dos primeros, que no los habian sentido pasar.

III.

—Este sofá no es bastante blando, ni los colores de esa alfombra bastante vivos; esas cortinas son demasiado pálidas, esas colgaduras demasiado estrechas, y ese espejo demasiado bajo; yo no me veo en él sino hasta el pecho. Llévese vd. esos mequininos muebles, y traiga vd. lo mas rico y lo mas elegante que haya. Sobre todo que este tocador parezca un paraíso del amor. Ahí tiene vd. dinero: busque vd. lo mejor; trágame vd. lo mas hermoso, lo mas elegante. ¡Es tan linda!

Así hablaba un hombre al encargado por oficio de embellever las habitaciones, y ese hom-

bre era el que pronunciaba en otra época el juramento de fidelidad conyugal.

Ese tocador que con tanto lujo hace adornar, ¿Estará destinado sin duda para los que tienen sagrados derechos sobre su corazón?

El cuarto deslumbrador está dispuesto: védele. Sube á él llevando del brazo á una muger que habla de amor. La instala sobre el blando y mullido sofá, y hablando se sienta á su lado, toma sus manos entre las suyas, y la mira con ojos ansiosos de placer. Ella no mira sino las riquezas y el brillo del templo encantador levantado á sus gracias; ella se admira, se asombra, y se levanta radiante de alegría y de vanidad.

Después, pensando en el hombre, cuyo oro ha obrado aquellos prodigios, deja caer sobre él una mirada de reconocimiento, que él toma por una mirada de ternura.

Pero ella sabe lo que la exige la justicia, y como ha contraído una deuda inmensa, se dispone á pagarla. No tiene mas que un bien, un tesoro: el amor; no duda en prodigarlo al que acaba de prodigarla los suyos.

Cada objeto precioso lo paga con un favor de amor. Por oro da amor: lo da por el cristal limpiado y trasparente, por las ricas telas, por el pulimentado mármol, por las alfombras, por el suntuoso lecho.

El amor es en ella una fecunda moneda que hace muchísimo tiempo sabe servirse para pagar todas sus deudas y traficar en todo.

¡Tráfico infame!

Empero ¿es amor lo que ella da al hombre que la paga?

El amor se da y no se vende.

Inmediatamente que sufre el impuro contacto del oro, muere el amor, y lo que de él queda no es mas que sus fetidos despojos, que se llaman con dos nombres igualmente vergonzosos: prostitucion y libertinage.

Aquella muger que así se entregaba al hombre que la pagaba, no era su muger.

Era una cortesana.

Su muger se hallaba sentada en el mismo cuarto donde por la primera vez entró tímida hace un año.

En una mano tenia dos papeles que arrugaba agitada; en la otra apoyaba su pensativa cabeza.

Estos eran los pensamientos que turbaban su alma:

—¿Qué hacer, Dios mío? ¿Cómo salir de este estreño embarazo?

Este es bueno; la figura sencilla y ricamente esprosa la viveza de su talento y la ternura de su corazón.

¡Empero es tan joven!

El otro con sus grandes ojos negros, su rostro varonil y elevada estatura, me causa una profunda impresion.

Empero es casado, tiene demasiada experiencia para amarme con verdadero amor.

¡Dios mío, qué horrible perplejidad! Y después volvía á leer los dos papeles, comparando las palabras del uno con las palabras del otro, las frases con las frases.

—Este está mejor escrito.

Empero este otro me parece mejor sentido.

¡Dios mío! ¿á quién escoger?

De pronto entró su marido.

El miedo reemplazó su indecision, y confió sus preciosos papeles á dos guardalanes discretos que ni el ojo de un marido pudo inquirir.

El suyo no la dirigió ni una palabra, ni una mirada; pensaba en el tocador de su cortesana, donde faltaba un jarrón de flores, y venía á buscarlo sobre la chimenea del cuarto de su muger.

Tampoco ella dijo nada á su esposo, ni aun le miró; pensaba en sus dos adoradores, y su prudencia, en fin, acabó de dictarla una ingeniosa decision.

Cuando se vió sola, el joven del rostro interesante y sencillo vino á buscar la respuesta á la declaracion de su llama, y por respuesta se le dijo con cierto tono de voz: espere vd.

El hombre de negros y rasgados ojos se presentó algunos instantes después para oír pronunciar su sentencia; y por sentencia le dijeron en el mismo tono: espere vd.

Ocho dias mas tarde los dos adoradores no esperaban ya.

El esposo tuvo sospechas sobre su mujer, y la mujer una certidumbre sobre su esposo. Palabras ágras de incomodidad reemplazaron en su boca á las palabras de amor; después vinieron las reconciliaciones, luego el odio, mas tarde los ultrajes, y por último la violencia.

El cielo los había bendecido, ellos se maldijeron.

Su amor había durado sesenta días; su fidelidad doce meses: su union se rompió dos meses después.

Y su solemne juramento tantas veces repetido, cayó en el abismo del olvido, donde van á sumirse todos los juramentos de los hombres.

¿Quién creerá en los juramentos, en el amor y en la fidelidad?

—Yo no creo en ellos.

—Pero eso es horrendo, es terrible! dirán nuestras lectoras.

—Sí, mil veces horrible; empero la verdad, por ser horrible, no es menos verdad, y desgraciadamente no hay nada de verdadero en las promesas de los hombres.

COSTUMBRES DE LOS JOVENES.

Vivos y arrebatados en sus deseos, no tratan los jóvenes mas que de satisfacerlos; pero inconstantes y ligeros, se disgustan con la mayor facilidad de los mismos placeres que han deseado con mas ardor. La pasión que mas les afecta es el amor de la gloria. De tal modo les deslumbró su brillo, que voluntariamente le sacrifican sus bienes y su reposo. De ahí su gran susceptibilidad en materia de honor. Incapaces de sufrir una injuria, al menor desprecio estalla su cólera, y no es fácil reprimirla. De ahí tambien esa elevación de sentimientos que se observa en ellos. Frecuentemente se los ve, llenos de una noble emulación, aspirar, á espensas de su vida, al honor, mas querido para ellos que el interés. Ningun obstáculo los retrae, porque se creen capaces de las mas grandes cosas. No es esto de admirar en una edad en que se carece de experiencia, y en que los sinsabores de la vida no han marchitado todavía su alma. Así que tienen á partes iguales la credulidad, la franqueza y la sencillez. Abusan continuamente por esperanzas las mas quiméricas. El corto espacio que han vivido, no teniendo mas que un punto delante de los ojos, ven delante de sí una inmensa carrera que recorrer. Y aun se atreven á jactarse de que será gloriosa. De ahí viene la facilidad de engañarlos y seducirlos. ¿Cuántas veces no se ha visto al artificio y el fraude molarse de la debilidad de esta edad? ¿Cuántas veces no se ha aprovechado de la especie de embriaguez que les causa su viveza natural? Pero si la inexpertencia hace de los jóvenes el miserable juguete de la malicia ¿de cuántas virtudes no es tambien el germen? TERNOS y sinceros, su amistad es tanto mas viva, cuanto es menos interesada. Felices ellos si tuvieran mas prudencia en la elección de sus amigos. Sensibles y compasivos se afectan fácilmente por las miserias de otro; porque no viendo en los demás sino los sentimientos de que ellos mismos se afectan, no conocen toda la maldad de los hombres. Mas malignos que deprimidos, el sólo deseo de causar una afrenta les hace muchas veces faltar á las leyes de la bondad y de la política. En fin, poco ambiciosos de riquezas, no conocen todo su valor, porque todavía no han sufrido los caprichos de la suerte.

¿Pero por cuántos defectos no son oscurecidas estas virtudes? Seguid á los jóvenes en sus diferentes situaciones; aquí los vereis enemigos furiosos, allá satisfechos y decidiendo con un tono de maestro sobre las cosas que jamás han examinado. ¿Son culpables de alguna falta? demasiado llenos de amor propio para convenir en ello, lo cubren con una nube, porque añaden al desdoro y la vanidad, una singular inclinación á la mentira, y mucha torpeza para sostenerla. Pero lo que mas prepondera en ellos es la propensión á las burlas, el amor á la ociosidad, la pereza, la inexactitud y el desprecio á los consejos; defectos que es fácil observar,

cuando los jóvenes hacen su entrada en el mundo. Siempre contentos de sí mismos, son perfectos, saben todo, no tienen deferencia ni para con la edad, ni para con la autoridad, no respetan, no imitan á nadie; se bastan á sí mismos para ejemplo y para regla.

Un gran filósofo los ha definido en dos palabras, cuando ha dicho que se conducen mas por el sentimiento que por la razon. He aquí el manantial de los disgustos que emponzoñan muchas veces el resto de sus días.

COSTUMBRES DEL HOMBRE EN LA EDAD VIRIL.

Igualmente distante de las costumbres comunes de los jóvenes y ancianos, un hombre en la edad viril conserva un término medio entre las dos edades. No tiene ni la audacia de los años ni la timidez de los otros; pero arrostra los peligros con ese valor activo y tranquilo que no se conoce, ni en la fogosa juventud, ni en la fria edad de la vejez. No es esclavo de la opinión; la verdad y la prudencia arreglan sus juicios. Político para con sus iguales, y respetuoso hasta la honra para con aquellos de quienes espera los favores, evita ofender á cualquiera, y no se fia sino en un corto número de amigos. Hace por unir tan bien su honor con sus intereses, que no conoce ni la profusion, ni la sórdida avaricia, usando de sus bienes con tanta economía como nobleza. Buena de sus pasiones, se ven brillar en él las cualidades que se estiman separadamente en los jóvenes y en los ancianos. Así tiene la actividad de los años y la moderación de los otros, mientras que por otra parte, mantiene en un justo medio lo que en ellos peca por exceso ó por defecto.

COSTUMBRES DE LOS ANCIANOS.

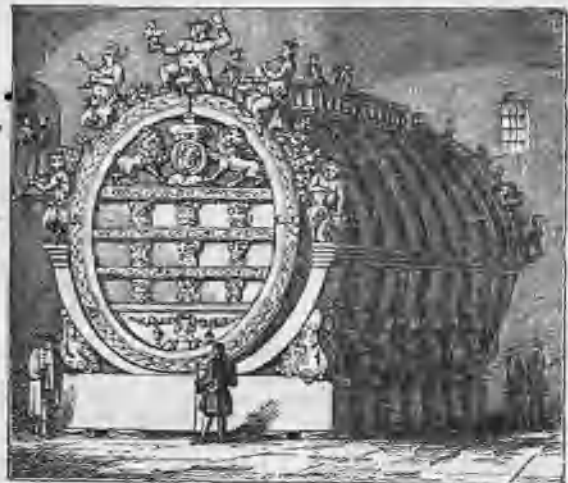
Las costumbres de los ancianos, que nos restan por describir, ofrecen un cuadro muy diferente. El hombre al fin de sus días, cae, por decirlo así, en desgracia de la naturaleza; él, que en otro tiempo parecia ser el objeto de sus complacencias. Esa fuerza de imaginación, esa viveza de ingenio, esa grandeza de alma que nos hacian admirarle, se han eclipsado, y el anciano valetudinario, encorvado bajo el peso de los años, no tiene ya, en el sitio que ocupaban esas cualidades, sino defectos bien capaces de humillar. Las vicisitudes, la experiencia de una larga vida, y las bellaquezadas de los demás hombres, vuelven al viejo tímido, circunspecto é irresoluto. Como ha sido frecuentemente engañado por falsas apariencias, no se atreve á fallar afirmativamente, aun sobre las cosas que él ha examinado. ¿Se trata de tomar un partido? Indaga, titubea, vacila continuamente entre el temor y algo de esperanza, y pasa así el tiempo en deliberar. No hay que sorprenderse de su irresolución. Su larga experiencia le hace entrever dificultades que aumentan su timidez natural; así rara vez se encuentra firmeza y elevación en su carácter. Ocupado de minuciosidades, sitiado por mil sospechas, el hombre en este estado cree que se le tienden lazos, y toma muchas veces en mal sentido cosas las mas inocentes: de ahí su desconfianza y sus continuas quejas; de ahí su humor brusco y disgustado; de ahí esa imaginación difícil y cáustica que murmura de todo, que todo lo censura.

No se atreve á concebir grandes esperanzas, porque está al fin de su carrera. Si es sensible á las desgracias de otro, es menos por un sentimiento generoso que por temor de que le sucedan, temiendo todos los males á los cuales todos los hombres están sujetos. La imagen de la muerte le persigue y le aflige sin cesar. He ahí acaso por qué el cuadro de su vida pasada

tiene para él tantos encantos; se ocupa de ella voluntariamente. Se puede decir que vive en el pasado, como los jóvenes viven en el porvenir. Así, alaba el tiempo en que vivió á espensas del en que ahora vive. Lo que ha visto, lo que ha hecho le parece grande y bello, porque lo ve ya en lontananza. Hace de eso el objeto ordinario de sus conversaciones. Es preciso por tanto convenir en que la prudencia, la sobriedad y la templanza acompañan casi siempre á la vejez. En esta edad en que se conduce uno mas por la reflexion que por el sentimiento, no se conciben casi las grandes pasiones. Exceptuase, sin embargo, la avaricia; esta es el tirano de los ancianos, es el ídolo á que sacrifican el honor, y algunas veces el aprecio público. Por lo demás, ni debe temerse su odio, ni contar mucho con su amistad. Miran sus pasiones como debiendo concluir muy pronto. Así son incapaces de un lazo sólido y durable.

MISCELANEA.

TONEL MONSTRUOSO.—Existe en Alemania una villa llamada Heilberg, y á sus inmediaciones las ruinas de un castillo del mismo nombre, y



Tonel monstruoso de Heilberg.

cuya antigüedad data de antes de la época conocida con el nombre de edad media. Cada día que pasa se refiere algun nuevo desplomamiento de este soberbio castillo, sin que un hábil dibujante que con un celo digno del mayor elogio, se ha constituido en conserje y conservador de este bello monumento, consiga jamás que el gobierno atienda sus reclamaciones; pero en su lugar, si bien las pinturas, las colosales estatuas, las estofas y las columnas graciosas y ligeras, padecen detrimentos que acabarán por desaparecer de la contemplacion del arqueólogo ó del curioso viajero, consérvase aun intacto en este castillo, un inmenso tonel cuyo grabado damos, y que puede contener 528 barricas de caldo. En los dias prósperos del castillo refieren que este tonel estaba siempre lleno del mas exquisito vino del Rin.

Sin embargo, este inmenso tonel, por colosales que nos parezcan sus dimensiones, no puede sostener la comparacion, con los que hoy existen en Londres en la cerveceria de Barclay, Perkins y compañía. Un sabio escritor dice hablando de los de este establecimiento: «Hallándome un dia visitando esta cerveceria, me condujeron á un gran salon en que habia 99 toneles, algunos de cabida de mas de 500 á 600,000 botellas, y entonces me acordé involuntariamente del tonel de Heilberg que habia visto algunos años antes.»